

LÓPEZ-GÓMEZ, José Carlos. *El ocaso de los dioses en Hispania. Transformaciones religiosas en el siglo III*. Anejos de AEspA, XCII. Madrid: CSIC, 2021, 305 pp. [ISBN: 978-84-00-10880-9].

La hipótesis argumental de José Carlos López esta explicitada desde el principio tal y como da a entender en su sugerente y wagneriano título: la lenta desaparición de los cultos cívicos e imperiales en Hispania a partir de la mitad del siglo II y de manera más clara en el siglo III viene acompañada, como síntoma de tal proceso, de la disminución de la epigrafía dedicada. Constata también, junto a la disminución epigráfica o cuando no de su absoluta desaparición, la destrucción o reutilización de los espacios sacros o de sus materiales constructivos.

La monografía, que formó parte del proyecto doctoral, está concebida con gran pulcritud y sistematicidad. Se inicia con un elaborado estado de la cuestión, pero no es un estado de la cuestión que enumera obras sin otro parámetro que el simplemente cronológico. Por el contrario, López-Gómez nos presenta con rigor los más importantes trabajos en la materia, señalando los límites conceptuales e ideológicos de cada obra. Revela y denuncia la genealogía de ciertas propuestas gibbonianas que señalan al cristianismo como causa fundamental, utilizando para ello principalmente —como en su momento lo hizo el sabio inglés— los textos de concilios, leyes imperiales y autores cristianos, como Agustín de Hipona. Dicha corriente historiográfica manifiesta que la desaparición de los cultos cívicos y del culto imperial hay que achacarla de forma exclusiva a la

violencia, legal y física, que el cristianismo realizó desde su legalización. La desmitificación de dicha tesis debida en gran medida a Peter Brown hizo surgir una corriente revisionista que el autor descubre en autores de prestigio como Lepelley o Saradi-Mendelovici, defensores de una sociedad romana pacífica y encaminada a preservar las tradiciones culturales y culturales antiguas. Los estudios de finales de los noventa y del nuevo milenio, adalides en recoger los avances arqueológicos, son tenidos en cuenta, y más aún utilizados para la monografía. Por otra parte, el autor ha sabido contextualizar los trabajos sobre Hispania dentro de las correspondientes tendencias historiográficas y metodológicas, desde la propuesta pacifista de McKenna a final de los años treinta, con sus seguidores, hasta el breve y desmitificador trabajo de Arce de los años setenta. El capítulo recoge también la más reciente e influyente historiografía del tema en el entorno peninsular; cuyo denominador común es la cada vez mayor sensibilidad hacia los avances arqueológicos que se están produciendo (p. 27).

El libro parte de una sistemática recopilación de yacimientos para constatar, por un lado, la pérdida del hábito epigráfico y, por otro, la pérdida o reutilización de los espacios monumentales públicos. Se describen lugares y ciudades de Hispania, con especial detenimiento en la Tarraconense (cap. 4), aunque también municipios de la Bética y de Lusitania. El caso de *Augusta Emerita* es singular, como el autor señala, una ciudad que por su relevancia mantiene una actividad edilicia, cultural y cívica, importante en los siglos II y III. López-Gómez apunta que la pervivencia cultural

tradicional mayor en tiempo que en otros lugares se debe a ser la capital de la *Diócesis Hispaniarum* en época de Diocleciano, lo cual permitió continuar con actividades evergéticas promovidas por vicarios y funcionarios de alto rango. Si bien a partir de la mitad del siglo IV hay un cambio, como refleja el abandono del denominado templo de Diana, de igual manera se constata que los foros también sufren una progresiva dejadez en una época cercana. Se nos informa de dos aspectos a tener en cuenta y que explican la evolución de la religión cívica en Mérida: en primer lugar, la importancia simbólica de la ciudad que la hace excepcional dentro del panorama hispano (p. 201); y, por otra parte, la pronta formación de la Iglesia emeritense que, a pesar de contar con una no muy numerosa comunidad de fieles, sí debió de tener una cierta presencia y una lenta pero progresiva penetración. De todas las maneras, la relevancia pública de la nueva religión presente en la topografía cristiana no se hace plenamente visible hasta fechas tardías, segunda mitad del siglo IV. El autor sugiere que debió darse un progresivo abandono de las prácticas cívicas tradicionales y la consiguiente desacralización de los lugares públicos al amparo de la legislación antipagana y del progresivo incremento del número de cristianos (p. 202).

La constatación del cambio de la praxis religiosa en Hispania desde finales del siglo II y III provoca en López-Gómez la curiosidad de comparar lo sucedido en Hispania con los datos de otras provincias occidentales del Imperio. Los resultados, si bien parciales y no sistemáticos, le llevan a afirmar que tanto en las provincias norteafricanas como en Galia o Britania, y a pesar

de no tener resultados concluyentes, por lo limitado del estudio, sí se advierten diferencias con Hispania. El caso norteafricano es elocuente dado que el hundimiento del modelo religioso-administrativo se produce bastante después que en Hispania, tal vez un siglo después. El desinterés de las élites locales en mantener edificios públicos —que sucede tardíamente, tal y como estudió Lepelley—, unido al avance de la Iglesia africana, pudieron acabar o debilitar el politeísmo; sin embargo, las fuentes cristianas —Agustín de Hipona entre otros— dan cuenta de fuerte presencia del paganismo en las ciudades africanas. Ahora bien, pensamos que las palabras de Agustín hay que enmarcarlas en un contexto pastoral y teológico de imposición de la ortodoxia católica. De todas las maneras, López Gómez es consciente de la limitación de sus conclusiones y apunta que a falta cotejar las fuentes escritas con los datos arqueológicos los resultados para conocer la pervivencia y evolución del paganismo africano son parciales.

El capítulo octavo, a modo de coda, es la síntesis y reflexión de la múltiple información epigráfica y arqueológica que se desgrana en los capítulos anteriores. La conclusión es firme: el sistema religioso del Alto Imperio se desmoronó a lo largo del siglo III. Síntoma de ello es la desaparición de la producción epigráfica votiva; se constata el abandono o/y amortización de los santuarios y lugares sacrales públicos del Alto Imperio (pp. 225 y s.). Una pregunta se hace necesaria: ¿cuáles son las causas de esa transformación? El investigador pone como primera y principal explicación la crisis del siglo III; evidentemente dicho argumento no deja de ser un recurso

manido y en cierta medida tautológico, explica todo, pero al mismo tiempo deja sin respuesta preguntas importantes. Ciertamente es que a lo largo del siglo III se vivieron coyunturas económicas difíciles, pestes, anarquía militar, crisis política, cambios en el sistema productivo..., aunque no de igual manera en todos los lugares del Imperio. Tal vez haya que poner el acento en la transformación del sistema cívico, aunque en cualquier caso las singularidades territoriales podrían explicar con mayor exactitud el proceso. Un ejemplo de la importancia de estudios parciales es el caso en el occidente de la cuenca del Duero, en un espacio donde la red urbana no es tan densa, se constata que durante el Alto Imperio apareció el hábito epigráfico vinculado a *pagi* y *vici*, y, en cambio, los cultos oficiales que estarían relacionados con los *capita civitatum* son escasos (M. Salinas de Frias, 2021).

Finalmente, López-Gómez se pregunta por el destino de la religión doméstica y sugiere que el paganismo se mantuvo en el ámbito privado, en torno al espacio doméstico. Una cuestión queda en el aire: si la religiosidad pública desaparece y la alternativa cristiana no se hace presente en el paisaje urbano hasta más de un siglo después ¿qué hubo entretanto? Dicho de otra manera, si la ortopraxis pagana

desaparece del espacio público ¿supuso ello la total invisibilidad y más aún una total desaparición de las creencias y mitos? La frase de Scheid de que en la religión romana el hacer era creer no disminuye las dudas y los interrogantes de cómo evolucionó la religión cívica pagana hasta la consolidación del cristianismo, ¿hubo prácticas o espacios alternativos de sacralidad pública? Una respuesta definitiva y general es imposible con la documentación que se conoce. Tal vez, como el investigador señala, el aumento de estudios locales pueda completar el mapa conceptual del «ocaso de los dioses» en Hispania.

La obra de José Carlos López-Gómez, en conclusión, resulta un trabajo minucioso y necesario para conocer el fenómeno religioso en la Tardía Antigüedad hispana y la dinámica del politeísmo en estos siglos de transformaciones, donde comienza a despuntar una nueva religión mono-teísta que terminará por imponerse oficialmente. Un libro que por indagar en un objeto investigador tan interesante y complejo, a la par que acota y explica la transformación y el ocaso del «paganismo», crea sugerentes interrogantes a los investigadores.

Manuel Rodríguez Gervás  
*Universidad de Salamanca*  
gervas@usal.es